

## Huellas de la intervención en el campo\*

*Gisela Landázuri Benítez\*\**

UNO DE LOS COMETIDOS de la intervención gubernamental y de otras instituciones, incluso las llamadas no gubernamentales, en el medio rural ha sido el desarrollo. Uno de los móviles de dicha intervención ha sido el cambio social. Las herramientas con las que se procesan las directrices de desarrollo en el medio rural y el cambio son los diversos proyectos —productivos, sociales, de servicios, educativos, de salud, políticos, tecnológicos, culturales— a cargo de técnicos y profesionistas contratados para cumplir esa tarea.

El espacio de interacción entre los actores —locales y profesionistas— suele constituirse en espacio de exposición y confrontación en el cual, más allá de la negociación explícita de la propuesta de desarrollo, se da también una negociación (consciente o inconsciente) de conocimientos, identidades, lenguajes, significados, sentidos, lugares asignados y asumidos por los distintos actores, de relaciones de poder —tanto de los presentes, como de los ausentes— representaciones estructuradas a partir de experiencias anteriores, necesidades y horizontes de futuro. En torno a un proyecto de desarrollo en el campo se constituye un microespacio en el que también se está construyendo y deconstruyendo un “proyecto de sociedad”.

Es un proceso dinámico que, visto en retrospectiva, puede revelar el “antes y después”, la huella que trazó nuevos surcos. Esto me lleva a preguntar: ¿cómo influye la percepción que se tuvo de un proyecto en los comportamientos y decisiones futuras de la gente?; también para los mis-

\* Se retoman algunos apartados de Landázuri (2001), “Visiones, discursos y percepciones de los actores rurales locales y de los profesionistas. Encuentros y desencuentros en Cuentepec, Morelos”, tesis de Doctorado en Ciencias Antropológicas, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México.

\*\* Profesora-investigadora. Departamento de Política y Cultura, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

mos representantes institucionales: la percepción de lo tangible —las condiciones técnicas, económicas de la propuesta— y de lo intangible —la intención que está detrás, la representación que se tiene de los programas gubernamentales o de la institución proponente, incluso a quién de la localidad se le asocia con la iniciativa.

Así como en el proceso de conocimiento, la relación entre el observador, el observado y el proceso de observación es dinámica,<sup>1</sup> de mutua influencia, en el tejido del desarrollo rural también se entretajan los tres elementos: profesionistas, actores rurales locales y ese proceso de intercambio. No basta conocer a los actores, ni conocer los proyectos y sus resultados, la dinámica de interlocución entre profesionistas y campesinos es una fase fundamental de la intervención o de la construcción conjunta del desarrollo rural.

Durante dicho *proceso de interacción-negociación* afloran las perspectivas e intereses, o simplemente las subjetividades —esperanzas, desconfianzas, percepciones— de los actores en torno al abordaje de la actividad misma, a partir del sentido o función que se le atribuye a dicha actividad.

En esa fase también se construyen y reconstruyen relaciones entre los actores locales y entre los locales y los trabajadores del desarrollo; se reconocen intenciones, se cimientan confianzas, se construye la representación del otro; es una fase única e irrepetible, pues en ella confluyen actores, contextos, visiones y sentidos, culturas, coyunturas en un tiempo y espacio únicos. La influencia, la transformación, es mutua; ninguna presencia es neutra, ni en la investigación, aunque no sea consciente.

Considero que ese ámbito de las prácticas de intervención permite desnudar las repercusiones del desarrollo u otras iniciativas emprendidas por actores e instituciones externas a grupos y colectivos rurales en su cultura, en el mundo de vida de los supuestos beneficiarios del mismo.

Al observar los procesos de interacción-negociación asoman un sinnúmero de tópicos que pueden ser motivo de amplios análisis. Resumo algunas lecturas puntuales que emprendí en un estudio realizado en la comunidad indígena de Cuentepec, Morelos: las diferentes formas y estilos de operación de técnicos y profesionistas; las huellas que ha dejado la intervención entre los actores rurales locales, su impacto en las dinámicas y

<sup>1</sup> Acerca del tema de la relación investigador-interlocutores, véanse Clifford Geertz (1989), Nigel Barley (1983) y Carlos Lenkersdorf (1996).

relaciones comunitarias y el registro que queda de las presencias institucionales y de sus representantes en la memoria colectiva; las consideraciones e implicaciones que conlleva un nuevo proyecto productivo en el uso del tiempo, espacio y recursos individuales y comunitarios; la percepción de los proyectos de desarrollo rural de quienes participaron directamente en los mismos y de quienes no estuvieron involucrados. Por último, lanzo una breve mirada sobre esos “voceros institucionales” protagonistas junto con los actores rurales locales en los procesos de interacción.

Cuando se cuenta con la información sobre relaciones y prácticas cotidianas de los actores, es más fácil comprender lo que se pone en juego durante dichos procesos. Anoto algunos de los elementos del mundo de vida de los cuentepequenses.

### Intervención y cambio social<sup>2</sup>

Durante los procesos de intervención, sobre todo de agencias gubernamentales, se intenta influir en los destinatarios para que acepten un mensaje particular y lo lleven a la acción. La estrategia de desarrollo rural dominante ha recurrido a tácticas que van desde la violencia física hasta la seducción, la transacción y el consentimiento para conseguir los cambios que se ha propuesto. Por ejemplo, en el caso de las iniciativas que promueven cambios tecnológicos en las actividades productivas, o nuevas actividades económicas, se ha condicionando el otorgamiento de créditos, normando el uso de tierras en las regiones cañeras, expropiando tierras para la construcción de presas, entre otras. Ese tipo de intervención promueve cambios que penetran el mundo de vida de los actores rurales locales y alteran la cotidianidad individual y comunitaria. Si bien esa táctica ha tenido mucho éxito, también es cierto que los pueblos han encontrado vías para resistir los efectos o las intenciones que la acompañan: modificaciones profundas a su estilo de vida, a su entorno, el aniquilamiento de su cultura, de su futuro, con la misma efectividad con que han preservado su existencia durante 500 años.

<sup>2</sup> Landázuri (2001), *op. cit.*

A diferencia de los cambios inducidos o impuestos, las transformaciones sociales se buscan y se construyen a partir del principio de necesidad,<sup>3</sup> que motiva el proceso de aprendizaje, y en cada caso tiene sus tiempos, sus ritmos y sus propias condiciones.

En diversos estudios realizados por los investigadores que abordan la perspectiva *centrada en el actor* (Universidad de Wageningen) se desprende que, por más legitimidad con la que cuente el Estado, su capacidad de imponer a la población sus programas de desarrollo o su ideología tiene límites, por lo que la intervención estatal conduce a una negociación social.

Ese campo de construcción social es entonces una suerte de arena donde se ponen en juego las diferentes perspectivas de los actores, los conocimientos que las sustentan, sus formas de comunicación, su afán de control, y a fin de cuentas los intereses y los sentidos que cobran para ellos las posibles acciones. La infinidad de situaciones que pueden emerger a partir de cada proceso refuerza la sugerencia de analizarlo en particular, y por lo tanto además de considerar las concepciones, discursos y limitaciones estructurales que orientan las acciones institucionales, pensarlas en el marco específico del desarrollo rural local y de cada experiencia.

Los conflictos que surgen, o simplemente las divergencias que aparecen en el curso de un proyecto, son eco de un contexto social de por sí contradictorio. En ocasiones es muy difícil comprender el momento, si no se conoce suficientemente ese contexto social, con frecuencia ese contexto no está visible durante la dinámica de interacción, pero sí reverbera; y los actores locales evalúan los proyectos desde esos referentes de su quehacer cotidiano, productivo, económico, social, cultural y político.

No habrá de extrañarnos que ante las nuevas propuestas los actores locales motivados por necesidades concretas evalúen si la opción que se les presenta es la solución a dichas necesidades. Las iniciativas —gubernamentales o no— son de interés en la medida en que respondan, complementen, potencien o faciliten las vías de su reproducción material y cultural. Por eso la congruencia y armonía que aquéllos puedan percibir entre su dinámica socioeconómica-cultural cotidiana y las nuevas prácticas que se proponen cobran gran relevancia. Aquí resulta pertinente considerar lo expuesto por Bourdieu, para quien los grupos y clases tienden a perseverar

<sup>3</sup> El principio de necesidad como motor en la activación y apropiación de la realidad.

en su ser, pues el *habitus*<sup>4</sup> “tiende a asegurar su propia constancia y su propia defensa frente al cambio”. Esta tendencia inercial “puede estar en el origen tanto de la inadaptación como de la adaptación, tanto de la rebelión como de la resignación” (1991:107).

Entender la complejidad que emana de la discusión, negociación y construcción de una propuesta de desarrollo desde la perspectiva rural es un reto. En ocasiones las huellas de los procesos de intervención quedan registradas en la memoria colectiva y afloran en futuras situaciones de interacción; son también fuente de conocimientos internalizados y adecuados a sus prácticas cotidianas, y contribuyen a consolidar grados de legitimidad y credibilidad hacia las instituciones visibles.

Para Bourdieu (1991) lo posible se funda sobre experiencias pasadas, más que sobre reglas pasadas, y difícilmente traspasa lo impensable, lo que no se puede conocer a partir de las condiciones de producción sociales e históricas.

Un estudio en la comunidad náhuatl de Cuentepec permitió recuperar las huellas de intervenciones pasadas que quedaron en la memoria de algunos de sus habitantes y que quizá pusieron en juego las posibilidades o limitaciones para futuros cambios.

### Encuentros y desencuentros en Cuentepec, Morelos

Cuentepec es una comunidad náhuatl del estado de Morelos con el mayor porcentaje de población indígena e índices de pobreza más elevados.

Registré numerosos procesos de interacción entre diversos grupos de Cuentepec y promotores del Instituto Nacional Indigenista (INI). La oportunidad del seguimiento que logré darle a un proyecto para la explotación del ganado de doble propósito abrió la posibilidad de explorar ampliamente un proceso de interacción-negociación y de iniciar un análisis detallado sobre las intervenciones de los actores locales y los profesionistas del

<sup>4</sup> El *habitus*, según Bourdieu, se refiere a los “condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia... sistemas de *disposiciones* duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predisuestas para funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones... objetivamente ‘reguladas’ y ‘regulares’ sin ser el producto de la obediencia a reglas... colectivamente orquestadas sin ser producto de la acción organizadora de un director de orquesta” (1991:92).

INI para destapar lo que desde mi comprensión estaba detrás de lo manifiesto. En este texto presento sólo algunas cápsulas de ese proceso.

La valoración de las experiencias de interacción a propósito de proyectos de desarrollo rural no se circunscribe a sus resultados económicos, productivos, materiales. En el caso de Cuentepec, algunos resultados calan más profundo: las experiencias anteriores que habían minado la confianza hacia los demás y hacia sus propias capacidades para abordar una nueva actividad; las exigencias que conlleva un crédito; las tensiones y conflictos que dichas experiencias habían provocado aparecían con frecuencia.

Los desencuentros entre campesinos-indígenas y representantes del Estado que conforman el grupo de los *otros*, no son fenómenos recientes. Por el contrario, la intervención de personas externas a la comunidad data desde hace muchos siglos y ha dejado huella en la memoria colectiva.

La experiencia con los primeros evangelizadores, frailes franciscanos, fue traumática. En 1671, por ejemplo, habitantes de Cuentepec presentaron, junto con otros pueblos, una serie de quejas ante la Real Audiencia, donde denunciaron los abusos en cuanto al pago del diezmo y la realización de otras tareas que los religiosos les infligían, so pena de amenaza y castigos físicos. Las tierras de la comunidad de Cuentepec también fueron motivo de conflicto con los colonizadores.

Todas estas experiencias fueron construyendo una mirada del *otro*, una representación social de algunos actores externos a su comunidad. Éstos y otros momentos históricos de encuentros y desencuentros conforman un antecedente remoto de la interacción de los habitantes de Cuentepec con *otros* culturalmente distintos.

Para los españoles la única forma verdadera de entender el mundo era la suya, y por consiguiente la consideraban superior. En consecuencia, el indio, el negro y todo el que no fuera español o blanco era considerado como inferior. Los españoles impusieron su civilización a los pueblos indios, negaron la cultura de los conquistados, los explotaron y los oprimieron. Sólo hasta 1991 la Constitución acepta que México es un país pluricultural y pluricultural, aunque esto no valide el respeto a la autonomía de los pueblos ni a otros derechos que el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) ha enarbolado.

Algunas huellas del pasado inscritas en el imaginario social, no sólo de los habitantes de Cuentepec sino de millones de indios en nuestro país,

contribuyeron a que la aparición de actores externos sea vista con cautela y recelo.<sup>5</sup> Otras presencias externas han influido ideológica, cultural y políticamente moldeando el pensar, sentir y actuar de algunos pobladores y también potenciando y abriendo perspectivas propias.

*Acciones de instituciones gubernamentales  
en la memoria de los habitantes de Cuentepec*

En la historia reciente de Cuentepec, las experiencias en torno a proyectos productivos que permanecen en la memoria de sus habitantes permiten ir reconociendo los elementos subjetivos que se asocian con los procesos de interacción-negociación a propósito del desarrollo rural, y las representaciones sociales que anidan en el imaginario social,<sup>6</sup> sobre el papel y la acción que corresponde a las instituciones que promueven el desarrollo y a los actores locales; las relaciones que se fueron construyendo entre los miembros de la comunidad a raíz de esas experiencias y los sentimientos que despertaron.

Las evaluaciones institucionales se centran generalmente en los productos materiales, en lo visible; sin embargo, ¿qué es lo que han dejado dichas acciones en los individuos, las familias y las comunidades?

El recuento de algunas de las experiencias de interacción anteriores que han alimentado esas construcciones mentales y emocionales, y algunos tópicos del mundo de vida de los cuentepequenses, pueden explicar los valores y los prejuicios desde los cuales se evalúa una situación presente.

<sup>5</sup> Los cuentepequenses narran una leyenda que previene contra las falsas promesas de los “catrines” y el peligro de perder la identidad si se confía demasiado en ellos.

<sup>6</sup> En el campo de la psicología social, se habla de la construcción de significaciones que orientan la vida de los individuos. “Dios, dioses, polis, ciudadanos, esclavos, nación, Estado dinero, tabú, virtud, hombre, mujer, padre, hijo, hoy son lo que son en virtud de las significaciones imaginarias sociales que los hacen ser esto. Estas significaciones son *imaginarias* porque están dadas por creación o invención, es decir, no corresponden a elementos estrictamente reales y son *sociales* porque sólo existen siendo objeto de participación de un ente colectivo o anónimo” (Fernández, 1993:74).

*La granja porcina*

A unas cuantas cuadras del centro de Cuentepec aún está en pie la enorme estructura metálica que albergó una granja porcina que operó durante los setenta.<sup>7</sup> Primero iba a ser un proyecto de bovinos, pero el Banco *no cumplió* (Agapito Miranda, entrevista: 19.5.1996). Finalmente, un grupo de ejidatarios recibió un crédito cuantioso, para la engorda de mil 800 marranos, del Banco de Crédito Ejidal. Se constituyeron como cooperativa, en la que participaron de 10 a 25 personas.<sup>8</sup>

Los que tenían acceso a esos créditos eran los viejos ejidatarios, titulares de sus parcelas. La actividad duró más de cinco años. De acuerdo con el administrador (Agapito Miranda),<sup>9</sup> miembro de la comunidad, se les capacitó para que se hicieran cargo de la administración de la granja, y sólo recibían asistencia esporádica en la contabilidad, y un veterinario del Banco vigilaba la sanidad.

La visión de otro de los socios (Cástulo, el dueño del molino de maíz), miembro del Comité de Vigilancia de la cooperativa, consistía en que era el Banco el que la administraba, y era esa institución la que contrató a un veterinario y a un administrador para que manejaran la empresa.

Un tercer entrevistado, que fue trabajador de la granja (Vicente), no socio, cuenta que en realidad el contador (externo), con cierta complicidad del comité, “se llevó el dinero” y pronto se les vio con “carro y buenas casas”.

Una epidemia, y después un conflicto con una comunidad vecina—Ahuatenco— que los dejó sin agua terminaron con la actividad. De acuerdo con Cástulo, Banrural recogió los animales que quedaron. Según Agapito Miranda, ellos vendieron los marranos y liquidaron al Banco; sin embargo, no alcanzaron a saldar la deuda.

Estas dos perspectivas marcan dos visiones distintas, las del administrador, que se asumió como tal, y la de otros miembros, que, a pesar de que esa función la cumplía un socio, la vinculaban o confundían con la intervención del Banco.

<sup>7</sup> Dicen que lo único que la gente aprovechó de ese “elefante blanco”, cuando se cerró, fueron las puertas de los refrigeradores, que se llevaron para usarlas como puertas en sus casas.

<sup>8</sup> Las diferencias del número de socios se origina tanto por las fluctuaciones propias del número de miembros que inició el proyecto y los que permanecieron, como por la respuesta de los diversos entrevistados. Lo mismo sucede respecto al número de vientres que albergó la granja.

<sup>9</sup> Hombre mayor. Fue ayudante municipal.

Entre la población existen diversas versiones de lo que sucedió. Algunos suponen que hubo mal manejo de fondos, porque miembros del comité de administración pronto tuvieron una camioneta o una de las casas de dos pisos. Algunos responsabilizaban a los empleados de Banrural, otros a los administradores de la sociedad. Otro atribuyó la crisis de la granja a la enfermedad que azotó a los animales. La maestra Alicia opina sobre el curso que tomaron la granja de cerdos y un vivero que hubo en los ochenta:

Yo creo que se fue terminando ¿no? Yo pienso que la gente fue mal organizada, desde el encabezado [se refiere a quienes lo organizaban] fue mal organizada, porque hasta la granja se terminó y nomás a los del comité les fue bien; dicen que se bardearon, que hacían sus casas y que salían, que hacían una semana y no venían, que por ahí andaban chupando con las mujeres y así trabajaban... No les gustó a los trabajadores y así se fue terminando, y ya no les gustó y pues mejor dejaron todo, dicen “aquí que se quede” [Entrevista: 13.2.1996].

Los miembros de la comunidad también asocian ese momento con el conflicto que surgió con los de Ahuatenco, que impidieron el paso del agua que abastecía a Cuentepec, y que esto agravó la situación de la granja.<sup>10</sup>

La granja de cerdos cumplió varias funciones, no sólo desde los diferentes balances que hicieron los entrevistados, sino también por lo que implicó el proceso organizativo mismo: fue un lugar de trabajo en el que obtenían un jornal menor al que podían ganar en Cuernavaca, pero que constituía un ingreso apreciado; un espacio organizativo aparentemente inédito; y a muchos habitantes de Cuentepec les mostró lo que es “una empresa del gobierno”.<sup>11</sup>

<sup>10</sup> Un informe de la promotora agraria número 5 adscrita a la Promotoría Agraria número 1 marca otro aspecto del conflicto: “Existe en el ejido un grupo solidario con una granja porcina que funciona deficientemente ya que su administración no se encuentra debidamente organizada y crea frecuentes problemas entre los integrantes del grupo solidario y el resto de los ejidatarios, principalmente en lo que se refiere a la utilización del agua, ya que la que usa la granja se reduce a la población que de esa manera no cubre más que una parte de las necesidades de sus habitantes” (RAN BC, 10 de marzo de 1978:322 y s.).

<sup>11</sup> Curiosamente, los cuentepequenses siempre hablan de los proyectos (la granja de puercos, el vivero, la tienda, el molino) como empresas (negocios) del gobierno, incluso aunque cuenten con financiamiento privado. El sentir de muchos habitantes de Cuentepec se expresa también en un cartel en el que se llamaba a no pagar los adeudos con las instituciones gubernamentales.

En términos de capacitación, se reconocen, tanto los aspectos técnicos de mantener, vacunar, cruzar a marranos (de raza, no criollos), como las diversas tareas que implicó la administración (organizativa y financiera) de la cooperativa. Tuvieron intercambio de experiencias con otras cooperativas de Xoxocotla y Tetlama.

Ante la pregunta de cuál ha sido la aplicación posterior de lo aprendido, las respuestas van desde: *El doctor me capacitó, pero yo era muy chavo y no me interesaba*, hasta la que argumenta: no hay dinero para poder reproducir la experiencia. Pareciera que ésta sólo se puede "revivir" y reconocer de manera integral, no en sus aplicaciones parciales. Quizás esas fueron las limitaciones de los macroproyectos.

Por último, de los socios que identifiqué, o, mejor dicho, los que en la comunidad recuerdan que fueron miembros de la granja se ubican entre las familias de productores más acomodados, la mayoría tiene 15-20 cabezas de ganado, algunos cuentan con tierra de riego y todos han tenido cargos en la ayudantía o en el comisariado ejidal.

Otra problemática que recuerdan los socios, y que se sigue repitiendo en otros proyectos, es que cuando hay trabajo colectivo no todos responden con el mismo compromiso y responsabilidad, y los grupos se van desmembrando. Hay diversas explicaciones de este fenómeno: Fromm (1990) lo atribuiría a las actitudes enraizadas en el carácter de los individuos, como, por ejemplo, las desconfianzas y los miedos que surgen respecto al manejo de los recursos materiales. Cohen (1995) lo ubicaría en la dimensión de los sentidos. ¿Hasta dónde la actividad en operación puede seguir manteniendo el significado que el socio le había atribuido inicialmente? Siguiendo a Pichon-Rivière (1983), las preguntas podrían ser: ¿cómo se construyó el grupo en torno a una tarea?; ¿hasta dónde reconocieron sus miembros esa tarea como la razón que los agrupaba?

Posiblemente se conjuguen éstas y otras múltiples razones. Un estudio puntual de cada caso puede aportar pistas para comprender lo que ha sucedido en los grupos de Cuentepec.

Esta historia se ha repetido cientos de veces en el medio rural: numerosas personas acuden a las convocatorias para iniciar una actividad productiva, motivadas por razones muy diversas, desde la simple curiosidad hasta la posibilidad de aprovechar el proyecto para sus propias estrategias de crecimiento económico y productivo, pasando por la renovada esperanza

de encontrar respuesta a su precaria situación económica. En función de esas expectativas, muchas se van quedando en el camino, por desinterés, por desilusión, por la propia dinámica y exigencias que la actividad y el grupo generan. Se podría decir que el grupo se va decantando y con frecuencia se vacía, como en tantos ejemplos, incluso en Cuentepec. El juicio de que unos cuantos se apropiaron de un recurso, cuando había condiciones de impedirlo con la presencia personal o grupal, se tendría que revisar a partir del seguimiento del proceso grupal.

Una situación adicional que frecuentemente deviene en conflictos o desconfianzas se presenta cuando, al haber dinero de por medio, existe una fuerte tentación a disponer de éste de manera individual, se presentan deficiencias administrativas o una descapitalización acelerada. Seguramente todas estas tendencias tienen explicaciones muy diversas, que pueden ir desde las condiciones del mercado hasta el significado que tiene para ellos el dinero y la forma en que se “apropian” o aprovechan el proyecto.

*Las Comunidades Eclesiales de Base (CEB):  
otra presencia e influencia externa*

Desde mi punto de vista, la influencia de las CEB y de la Unión de Pueblos de Morelos (UPM)<sup>12</sup> son dos matrices que marcan ideológica, política y en general culturalmente a algunos grupos de esta localidad. Los valores que rigen su vida personal, sus metas y visiones de futuro los diferencian del resto de la comunidad. Me referiré fundamentalmente a las CEB.

Hace más de 20 años, religiosas, catequistas y curas iniciaron un trabajo de evangelización en Cuentepec, desde la perspectiva de la teología de la liberación, que contemplaba la clásica “lectura de la Biblia”, así como la discusión y el acercamiento de los animadores externos a la problemática de la comunidad.

En Cuentepec se menciona como ejemplo de esta línea de trabajo la participación en la lucha por la tierra en los años ochenta, experiencia que vinculó a grupos de diversas comunidades, tanto de las CEB como de orga-

<sup>12</sup> Organización campesina independiente, miembro de la Coordinadora Nacional Plan de Ayala (CNPA).

nizaciones sociales y políticas. También se apoyaron y se continúan organizando acciones de servicio a la comunidad, realizando tareas de limpieza, diseñando alguna solución a necesidades básicas, todas ellas como quehacer de los propios actores rurales locales. La teología de la liberación rechaza que se promuevan desde fuera estrategias asistenciales, pues “siempre genera(n) en el que ayuda una actitud paternalista, y en los pobres dependencia” (GER, 1991:16). Este punto puede marcar una diferencia fundamental con las estrategias de otras instituciones presentes en Cuentepec.

Comencé a reconocer la importancia de las CEB en Cuentepec cuando me enteré de que, en las luchas sociales y políticas más importantes de la historia reciente, la presencia y el liderazgo de sus miembros fueron determinantes. Asimismo, los cuadros políticos, las mujeres y los productores que habían sido aglutinadores de los grupos más comprometidos y responsables ante las instituciones financiadoras de proyectos, tenían o habían mantenido algún contacto con esta corriente dentro de la Iglesia católica.

Los miembros de las CEB han incorporado el “camino con dos pies” a su vida cotidiana. El camino de la fe es el camino de la liberación, y viceversa, de allí que no disocian la vida religiosa de la política, la lectura de la Biblia de la lucha por la tierra. Los mismos cambios conceptuales que ha sufrido esta corriente de la Iglesia en las últimas décadas, así como la presencia de religiosas y curas de distintas congregaciones con sentidos específicos en sus tareas evangelizadoras, fueron modificando su trabajo con la comunidad.

Se comenta que el cura Rogelio, que apoyó y contactó a un grupo de Cuentepec en su lucha por la tierra con organizaciones sociales y políticas independientes de la región en los ochenta,<sup>13</sup> fue también quien criticó algunas tradiciones y rituales de la comunidad, pues “eran del diablo” y había que abandonarlas.

Esa posición correspondía a la visión que incluso la teología de la liberación mantenía de lo indio. Una de las religiosas que ahora trabaja allí aclara que ni Don Sergio<sup>14</sup> hablaba de los indios. Por contraste, en el pre-

<sup>13</sup> Incluso casi dio la vida por ellos, pues lo machetearon en uno de los conflictos por la tierra.

<sup>14</sup> El obispo Sergio Méndez Arceo fue uno de los bastiones de la corriente en la teología de la liberación, mientras que el actual obispo de Cuernavaca no comparte los mismos principios.

sente ella hace hincapié en la importancia de orientarlos a recuperar sus valores y ese tipo de tradiciones. Los tiempos y las visiones cambian.

La hermana Margarita<sup>15</sup> me explica que su presencia allí se originó por su amor a los indios. Para ella en Cuentepec se está en un momento de misericordia y desea orientarlos por el camino de un cambio, sin que pierdan lo suyo. Margarita hace una revisión crítica del trabajo que en las décadas anteriores se hizo a nombre de la teología de la liberación.

Esas Comunidades de Base, como tu dices, querían darles lo mejor, pero estaban quitándoles todo [Entrevista: 8.11.1995].

En opinión de la religiosa, los catequistas de Temixco, más que traerles la fe, les quitaron la que tenían:

Su Dios es el que les da la lluvia, el que les da el sol,<sup>16</sup> el que les da la tierra para que tengan su maicito, el que les da los hijos, ahorita es el que les da trabajo.<sup>17</sup>

La hermana considera fascinante la concepción que tienen los indios de Cuentepec de la Madre Tierra. La que los va a recibir cuando se mueran. La que los nutre toda la vida y a la que le dicen:

Yo quiero ser pronto alimento tuyo. ¡Es fabuloso! ¡Cómo les vamos a quitar lo que es la Madre Tierra! Y se los quita la gente. Los que venimos de fuera hemos atropellado mucho.

<sup>15</sup> No ubica su trabajo como parte del movimiento de las CEB, aunque sí se asume como teóloga de la liberación.

<sup>16</sup> "Hubieras visto el día del eclipse de sol; no importó que fueran de distintas sectas, todo el atrio lleno de indígenas de Cuentepec con sus velas, con sus veladoras, llorando, porque decían que se acababa su vida. Porque el sol es su vida. Lloraban como niños. El sacerdote, que estaba por allí, los consoló y les dijo, que el sol estaba descansando, ofició misa, les dio la bendición y echó agua bendita" (Margarita, entrevista: 8.11.1995). En el siglo XX, la Iglesia, al igual que el gobierno, en el lugar del padre, los indios como hijos, como menores de edad.

<sup>17</sup> Margarita ha observado que los jóvenes de 16 a 18 años ya no quieren trabajar la tierra. Ella lo atribuye a que ya está muy trabajada y ya no rinde. Considera que tampoco hay suficiente tierra que repartir. Por eso para esta generación conseguir trabajo asalariado es una prioridad.

Su Dios también tiene nombre cristiano. Ellos representan a Dios en San Sebastián.<sup>18</sup> Lo consideran el protector en sus luchas con otros pueblos, en las epidemias; también los ha librado de los rayos.

La charla con Margarita es apasionante; ella es muy elocuente, admira la riqueza espiritual de sus interlocutores, se duele con ellos de su pobreza material y además de aprender sus valores también trata de enseñar los suyos.

Desde la mirada de Margarita los valores de los cuentepequenses son el todo en común, la hermandad, la fraternidad, la paz —aunque la han perdido—, los signos del Reino.

Quizá todo este reconocimiento de la cosmovisión de los indios de Cuentepec es parte de lo que para ella es su aprendizaje más significativo; y con gran emoción expresa: *Me han hecho vivir el Evangelio*. En la interacción la influencia es mutua.

Después de esa explicación comprendí mejor lo que en diversas entrevistas había identificado, precisamente expresiones que vinculaban claramente el sentir, el pensar y el actuar de los sujetos a la ideología de las CEB. En su momento había sido una sorpresa escuchar a uno de los dirigentes de la UPM —estatal y local, y en general líder histórico de las luchas que se habían emprendido en las últimas décadas en Cuentepec y en la región—, Sabino, ante preguntas como ¿qué lo ha llevado a mantenerse en la lucha a pesar de las calumnias de las que ha sido objeto? Sus reflexiones, más que enfocarse a los temas enarbolados por la izquierda o por la UPM, resaltaron lo siguiente:

Como ya conocía yo, gracias a Dios, vuelvo a repetir, la Sagrada Escritura dice: el que entrega su vida por el pueblo, la ganará, el que prefiere salvar su vida la perderá. Por ejemplo, si yo me decido, no pues ya no sigo. Yo sé mi trabajo, voy a hacer algo de billetes. Digo para qué me sirve, no me sirve de nada de todas maneras. Mejor las experiencias, sí es una riqueza, se siente como que no le falta nada, paz [Entrevista: 11.10.1995].

La influencia de las CEB se extendía más allá de sus seguidores.

<sup>18</sup> San Sebastián es el Santo Patrono que guió a los habitantes de Cuentepezin a desplazarse a lo que ahora es Cuentepec.

Epifanio (cuñado de Sabino), otro miembro de la UPM, aunque nunca participó en las CEB, me comentó en algún momento que de éstas había aprendido que no hacían falta los rituales para alejar el mal, que practicaban como parte de su tradición, ya que, como decía el cura, Dios está en todos lados y puede alejar el mal.

Quizás esta visión de la tradición los colocaba entre quienes ya no respetan la costumbre. En la lucha por la tierra se atrevieron a enfrentar a sus mayores, incluso a sus autoridades. Tampoco la influencia de las CEB es bien vista por algunos sectores de la comunidad.

La presencia de las CEB no solamente ha dejado huella entre sus miembros, sino que alteró profundamente la dinámica interna de la comunidad, modificando formas de pensamiento, relaciones con las personas, prácticas rituales.

#### *Las dinámicas que acompañan los proyectos de combate a la pobreza*

En la nueva modalidad de los programas de combate a la pobreza, desde mi punto de vista, también se conjugan malentendidos, confusiones, que inicialmente pueden tener varias explicaciones, pero que también habría que considerarlos a la luz de las lecturas posibles desde la experiencia y la cultura de los cuentepequenses. Así, por ejemplo, la información insuficiente, la falta de comprensión de los mecanismos y normatividad para la obtención y aplicación de recursos, la desconfianza en quienes los administran, el uso y abuso del poder y la falta de apropiación colectiva de dichos recursos se anudan en el nivel sensitivo. Frente a las nuevas modalidades de operación de los proyectos actuales, las responsabilidades y capacidades o incapacidades se adjudican a los destinatarios, los “corresponsables” de los programas.

Tensiones como las que campean entre los padres de familia ante la distribución de las becas de “Niños en Solidaridad” muestran las dinámicas que se generan con programas de cobertura limitada donde las necesidades son mayúsculas.<sup>19</sup>

<sup>19</sup> Para esa comunidad clasificada como de pobreza extrema, donde había 500 niños en la primaria, el Pronasol destinó 20 becas.

Los mismos vecinos denuncian el desvío de las becas de Niños en Solidaridad, que deben destinarse a la compra de alimentos, vestido y zapatos de los niños seleccionados para recibir ese apoyo y que algunas familias usan para comprar artículos "suntuarios". ¿Será que las carencias han provocado un individualismo o codicia entre los miembros de la comunidad? O, ¿prevalece el espíritu de *para todos todo*?

Justamente la beca de "Niños en Solidaridad" generó tantos conflictos que éstos desembocaron indirectamente en la expulsión de varios maestros de la escuela. La posición de quienes iniciaron ese movimiento era, por un lado, la crítica a los mecanismos de selección de los becarios y, en última instancia, que se reconociera que todos los niños, y en general las familias, tenían grandes necesidades.<sup>20</sup> Más que la despensa —que forma parte del apoyo de "Niños en Solidaridad"— y algunos otros apoyos, la atención se ponía en los recursos monetarios tan preciados en una comunidad altamente autoconsuntiva. Hacían la cuenta de cuánto percibían las familias seleccionadas anualmente y ello multiplicado por los años en que concluirían los niños la primaria y realmente era un ingreso significativo. Quizá mayor de lo que podían ganar en época de secas como albañiles.

Estas consideraciones no excluyen que los actores rurales locales, así como el resto de la sociedad civil, tengan que desarrollar aprendizajes en los terrenos organizativos y políticos, entre muchos otros, que puedan apoyar procesos autogestivos desde la perspectiva de los propios actores.

La interpretación de que unos cuantos se aprovechan de los recursos comunes puede ser objetiva, pero también puede ser consecuencia de una falta de participación colectiva permanente, dejando en unas cuantas manos las tareas y administración de los recursos. Eso mismo pasó con la tienda de abasto de la UPM.<sup>21</sup> El malestar comunitario también podría analizarse desde la intersubjetividad comunitaria, a la que se refiere Lenkersdorf (1996) de "para todos todo".

En algunos casos, la interpretación de ese mecanismo ha llevado no sólo a que no se paguen los préstamos, sino que se hace promoción al

<sup>20</sup> Recordemos que es una de las localidades de mayor pobreza en el estado de Morelos.

<sup>21</sup> La tienda continúa operando por la colaboración de la familia de Sabino, acusada de apropiársela. Mientras que la familia se queja de que los dejaron solos; que el tenerla en su casa los compromete a seguirla atendiendo y eso es desgastante.

“no pago” porque “tenemos derecho a esos apoyos *gratuitos*”; con el mismo razonamiento se exigía que todos tuvieran derecho a becas del Programa de “Niños en Solidaridad”, *porque todos la necesitamos*. Algunos de los defensores más radicales de esta posición eran miembros de la UPM.

Estos hechos me vuelven a alertar sobre dos problemáticas: quiénes y cómo asumen y comparten los recursos que se consiguen para la comunidad, y qué imagen se forman los supuestos beneficiarios, que no se involucraron en el proceso de gestión y negociación, en el origen, destino, uso y abuso de los mismos. La lectura que hacen los maestros y los promotores del INI de que la gente quiere todo regalado puede tener su sustento en este tipo de experiencias; en tácticas de negociación aprendidas en las que todas las partes eran copartícipes.

Llama la atención que la expectativa y relación con los proyectos se asuman de manera muy distinta, incluso por el mismo grupo. En algunos casos se asume el pago puntualmente, en varios se negocia el pago de recuperación, en otros se exige su condonación.

#### *Consideraciones en torno a la interacción y a las implicaciones del proyecto del ganado*<sup>22</sup>

En el proceso de interacción del proyecto de explotación de ganado de doble propósito<sup>23</sup> identifiqué algunos elementos de confrontación entre los actores locales y los profesionistas, que conducían a caminos distintos en la exploración de una nueva actividad productiva. La evaluación que unos y otros van haciendo en el camino de las opciones que se les presentan tienen que ver con la construcción del conocimiento, de los valores y prácticas cotidianas; en fin de su cultura. Mi propia indagación alude a lo que puede estar atrás de lo manifiesto: ¿qué reflexión o información está detrás de las preguntas y de los comentarios de los participantes? ¿Qué les inquieta de esa propuesta respecto a sus prácticas cotidianas? ¿Cuál podría ser su percepción de la propuesta y de los mecanismos para su ejecución? Las inferencias personales que condujeron a las explicaciones que se presentan a continuación son eso, mis interpretaciones del *sentir del otro*.

<sup>22</sup> El proyecto consistía en la distribución de 20 vacas entre diez socios. La propuesta surgió del INI y sería financiada con recursos de los Fondos Regionales de Solidaridad.

<sup>23</sup> Se trata de ganado para la producción de carne y leche.

Los elementos presentes en toda actividad productiva de esa índole son la organización del trabajo, la utilización de los propios recursos y de los que se reciben del organismo financiero. Para atender la nueva actividad las instituciones generalmente proponen o exigen formas organizativas específicas. Cada actividad tiene sus propios requerimientos de trabajo, esto es, recursos humanos y tiempo aplicado. Las disponibilidades individuales y familiares dependen de las ocupaciones cotidianas en las que participan, las prioridades durante los distintos periodos del año e incluso el ciclo generacional en que se encuentra el grupo familiar. En síntesis, sus propias estrategias de organización del trabajo individual, familiar y comunitario.

Más allá de los alcances y limitaciones del proyecto de explotación del ganado de doble propósito mismo, de la credibilidad en los términos de operación propuestos, existe otro nivel de análisis que, desde mi punto de vista, está en el trasfondo de la evaluación que hace cada uno de los miembros del grupo del ganado. Las dudas que expresan en los ámbitos de las exigencias de tiempo, espacio y recursos de dicha actividad son las que me alertaron y propiciaron las siguientes preguntas: ¿cómo pueden impactar los cambios propuestos sus prácticas y relaciones cotidianas?; ¿cómo influyen esas señales en su toma de decisiones?

En cuanto al manejo de los recursos “disponibles” de la localidad, el empleado del INI considera que si en la comunidad el rastrojo y los pastos los aprovechan ganaderos—incluso de otras localidades—, el grupo debe redefinir su uso para el proyecto.

Desde la perspectiva del veterinario, recuperar las tierras de agostadero para uso comunitario resulta justa, más aun si se busca frenar el saqueo de los recursos comunitarios. Sin embargo, varios datos históricos explican lo que Linck advierte:

¿Cómo explicar la pasividad de los campesinos frente a un proceso que amenaza gravemente sus patrimonios comunitarios y por ende su existencia misma? En realidad, la indiferencia de los campesinos es ante todo aparente. Tienen perfecta conciencia de la situación [...] El problema es más hondo: remite una vez más a un juego complicado entre evolución de la organización del trabajo y relaciones sociales [1991:79].

Cuentepec tiene un convenio con un pueblo vecino —Ahuatenco, Estado de México— que permite a éste el pastoreo de su ganado en tierras

de Cuentepec a cambio de facilitar el paso del agua del manantial que abastece a Cuentepec. Esos convenios son casi sagrados, y cuando no se respetan se sufren las consecuencias. Un anciano platicaba que cuando se intentó dar otro uso a esas tierras, como reforestar a partir del proyecto del vivero, “aquí los potreros, las gentes, mala gente, lo queman” (Reunión grupo del ganado: 31.10.1995).

En el caso del uso de los potreros para el ganado local y de otras localidades están implícitas relaciones que se han venido construyendo por décadas. Si bien la propuesta del veterinario de reasignar el acceso a las tierras de pastoreo comunales y ejidales es legal, y justa, desde su perspectiva, una decisión de ese tipo no toma en cuenta las relaciones de parentesco, los usos aceptados comunalmente de dicho territorio, el significado que tiene este intercambio —de agua por tierras— en el espacio regional.<sup>24</sup> Recordemos que los vecinos que circulan con mayor frecuencia por las calles de Cuentepec son los de Ahuatenco, que “bajan” a comprar alguno de los escasos productos que allí se expenden o pasan por allí para transportarse a otras poblaciones.

Las experiencias anteriores siguen en la memoria de los productores del grupo del ganado, pero esta vez vinculadas con las relaciones intercomunitarias. Otro caso conflictivo reciente fue en los ochenta cuando un grupo de jóvenes y agricultores sin derechos agrarios, encabezados por los miembros de la UPM, disputaron a los ganaderos locales una franja de los terrenos de agostadero. La comunidad se dividió en esta pugna.

En el caso del rastrojo, que, como sucede en muchas regiones del país, también es de uso comunitario,<sup>25</sup> modificar esa premisa implica modificar también la “matriz de las relaciones de poder que definen las condiciones de acceso individual a los recursos productivos”, en palabras de Linck (1991:77). ¿Pueden hacerlo ocho o diez miembros de la comunidad en aras de un proyecto productivo de esta magnitud?

El espacio y el tiempo son “lenguajes silenciosos” que adquieren su propia connotación en cada sistema cultural. En el medio rural son ele-

<sup>24</sup> Nunca se revisó qué tierras habría disponibles para el proyecto. Después de conocer la historia agraria de Cuentepec, me di cuenta que alambrar espacios para potreros había sido fuente de varios conflictos intra y extracomunitarios.

<sup>25</sup> Una vez que termina la cosecha las parcelas se convierten en agostaderos comunitarios.

mentos que “hablan” de manera categórica y transparente, y pueden ser puntos de conflicto entre profesionistas y campesinos indígenas.

En cuanto al espacio, la vivienda, las actividades de traspatio, la parcela tradicional indígena, la disposición del equipamiento urbano, el lugar (físico) que ocupan los miembros de la familia o de la comunidad en reuniones cotidianas o rituales, todo tiene su propia lógica, derivada del orden e interacción que cada grupo social establece entre sus miembros y con la naturaleza. El espacio geográfico genera una adaptación tal que el hábitat produce formas de cultura y de vida cotidiana. El espacio en el cual vivimos es internalizado generando un hábitat interno que Pichon-Rivière denominaba “Ecología Interna del sujeto” (Rodríguez, 1984-85:6). Los objetos, físicos y geográficos, se internalizan y se convierten en referentes inmóviles, que incluso se semantizan.

Al aclarar que para este tipo de ganado de producción de doble propósito hay que cercar potreros, construir alojamientos para los animales, alimentarlos y ordeñarlos diariamente, seguir calendarios de vacunación, inseminación y pagos, los productores manifiestan extrañeza, pues sus animales se “atienden solos”, circulan por las tierras comunales.

Algunas de las prácticas y formas de organización social en la producción ordenan el tiempo familiar y comunitario. Surge una pregunta adicional: ¿tendremos tiempo de hacernos cargo de las nuevas tareas, además de las que ya realizamos cotidianamente?

Las actividades diarias de los campesinos de esa localidad y sus ocupaciones durante el año no les dejan mucho tiempo libre.

Otro ámbito en el que afloraron comentarios sobre la operación de proyectos en ese marco institucional fue el del tiempo que exigía asistir a reuniones, tanto del grupo del ganado como de la Unión de Comunidades Indígenas de Morelos, organización encargada de administrar los recursos de los Fondos Regionales de Solidaridad.

Se les plantea, pues, una disyuntiva: ¿mantener su actual organización del trabajo o modificarla en función de la nueva actividad productiva? En otras palabras, continuar con lo que les representa un ingreso seguro o aventurarse en un proyecto que no ven claro. Una mirada desde el prejuicio puede argumentar flojera, resistencia al cambio o ignorancia.

Tanta información de lo que sería el manejo adecuado del ganado de doble propósito, más el papeleo que se requiere para echar a andar un

proyecto, con financiamiento externo, sorprende en el sentido de todo lo que se puede idear para abordar una actividad, pero también los desborda.

Y nuevamente en todo caso lo que interesaba era disponer de los recursos monetarios que validan un proyecto, más que la concepción misma de la nueva actividad productiva.

Pues lo que nosotros platicábamos es que cada quien que busque lo que le gusta o no. Cada quien que pague, nos repartimos el dinero.

Más allá del espacio territorial que comparten los cuentepequenses, la historia que los vincula, sus formas de transformación de los recursos naturales, sus estrategias de reproducción, su lengua, sus relaciones sociales, sus prácticas rituales, su organización política, en fin, su cultura, son también elementos conformadores de un espacio social, base de su identidad y de su cohesión como pueblo indio.

A lo largo de la interacción es notorio que el veterinario, y en general los representantes del INI, manejan el discurso con la intención de convencer a sus interlocutores de las bondades de su propuesta. Para ello se valen de una serie de imágenes que prometen un proyecto atractivo, tanto en lo productivo como en lo económico.

El discurso de los productores del grupo del ganado —que es apenas audible, más aún si no se intenta escucharlos— no parece querer convencer al veterinario de sus dudas y de la incongruencia que perciben en el proyecto en relación con su experiencia, sus prácticas y sus posibilidades, más bien resulta una conversación con los otros miembros del grupo y consigo mismos. No se muestran intimidados, ni presionados, a aceptar la propuesta, tampoco se colocan en una posición beligerante de negociación. Dos aspectos que me parecen centrales para un proceso de construcción conjunta: ¿de qué lado está el origen de la iniciativa y la motivación? Como no está del lado de los productores, no se busca realmente negociar un proyecto, aunque sí se confrontan aspectos del mundo de vida y de las aspiraciones de los actores. Finalmente, cuando los productores escuchan su voz interna, que les advierte que la propuesta no es del todo atractiva, hacen sentir su decisión sin ponerla a discusión con el veterinario. De hecho, la negociación principal se da al interior de los grupos para definir si participan o no en el proyecto. Esa negociación se da fuera de la reunión con los representantes del INI.

Si bien la decisión de dos grupos de Cuentepec<sup>26</sup> coincide en cuanto a declinar su participación en la actividad propuesta, las razones que justifican tales decisiones son muy diferentes. Cada uno resuelve desde sus experiencias, intereses y percepciones.

En los procesos sociales, tanto en una comunidad como entre comunidades distintas, la percepción de las circunstancias puede diferir. Incluso habrá elementos que para unos no merezcan la misma atención que para los demás.

### ¿Cómo aprecian los diversos actores de Cuentepec la acción de instituciones externas?

Ante la pregunta de qué opinan los habitantes de Cuentepec sobre la acción institucional, abundaron las respuestas que hacían referencia a su impacto, tanto en las relaciones y costumbres de la población, como en la manera en que algunos se beneficiaron con ella. Las experiencias anteriores de acciones gubernamentales que implicaron la selección de algunos beneficiarios y la exclusión de otros generó muchos conflictos entre los miembros de la comunidad que no fueron incluidos y los encargados de hacer la selección. A tal grado que un maestro originario de Cuentepec opina que mejor ya ni trajeran esos recursos, pues generan desunión, inconformidades y malestar entre ellos mismos. En su memoria reaparecen los conflictos de los que fue partícipe frente a programas como "Niños en Solidaridad" y las despensas del DIF.

El maestro atribuye la desestructuración de la costumbre de apoyo mutuo a esas acciones gubernamentales:

Antes de las becas llegaban más, había más unión pues se circuló la escuela con la barda (con) tela, había gente que trabajó, pero actualmente no. Yo creo que se dificultó, pues, vino a dificultar las becas: se desunió, pues, la organización. Yo pienso que mejor sería que no, que ya no (vinieran) [Entrevista: 10.10.1995].

<sup>26</sup> Originalmente el INI concibió el proyecto para el grupo vinculado a la UPM. Como éste rechazó la propuesta, se lanzó una convocatoria abierta. Finalmente el nuevo grupo tampoco se sumó a la iniciativa del INI.

Este es un buen ejemplo de cómo una manera de evaluar o ponderar la acción institucional se da a partir de la dinámica que se generó en las relaciones personales o comunitarias, quedando desdibujada la evaluación de su impacto económico, del cumplimiento de sus objetivos o simplemente de su pertinencia técnica o socioeconómica.

Para Dagoberto, joven cronista de Cuentepec:<sup>27</sup>

Cuatepec ha cambiado, ha evolucionado. Anteriormente Cuentepec estaba armonioso, tranquilo, pacífico, había un buen ambiente, porque todavía no llegaba la sociedad, porque todavía no llegaba el gobierno a trabajar allá, todas las instituciones gubernamentales todavía no llegaban... ¿Beneficios? Nada. Hasta ahorita no han recibido lo que requiere la gente [Entrevista: 12.9.2000].

Lamenta que en algunos casos la gente ha seguido y *se ha dejado* de los representantes institucionales que se han llevado cosas de Cuentepec con la promesa de regresarlas.<sup>28</sup> Él se lo atribuye a la falta de educación de la población.

### ¿Y los profesionistas del desarrollo?

Las condiciones de pobreza, de producción y de reproducción de amplios sectores de la población rural seguirán exigiendo políticas y acciones de desarrollo como vías para atender innumerables necesidades y abrir opciones que incidan en mejorar el acceso a la educación, salud, recursos financieros y a otros servicios y recursos que coadyuven a reparar y expandir las condiciones de reproducción biológica, material y cultural de dicha población. De igual manera, seguirá solicitándose la presencia de los profesionistas que desde muy diversos ámbitos —gubernamental, no gubernamental o contratados directamente por las organizaciones— han fungido tradicionalmente como los operadores o asesores de las iniciativas correspondientes.

<sup>27</sup> Hijo de quien fuera regidor municipal, estudiante de filosofía y letras en Cuernavaca; trabaja en la Dirección General de Culturas Populares.

<sup>28</sup> Personal del Instituto Nacional de Antropología e Historia se llevó una pieza arqueológica con la promesa de “regresarla pronto” y hasta la fecha la siguen esperando en Cuentepec.

T E M A T I C A

Sin embargo, las transformaciones de la vida social nacional y rural en los últimos años han cuestionado las funciones que deben desempeñar dichos trabajadores del desarrollo rural, el sentido de su presencia y los estilos de interacción e intervención en los procesos de desarrollo.

Como especialistas en diversas disciplinas, los profesionistas portan información y habilidades que pueden sugerir o prescribir soluciones a problemáticas específicas: agronómicas, nutricionales, arquitectónicas, legales, por mostrar una gama de intervenciones posibles. Durante décadas, los servicios profesionales para el desarrollo rural se inscribían, por lo general, en programas y proyectos alejados de los intereses y perspectivas de sus destinatarios. Día con día se han ido acotando más las funciones de esos especialistas, no sólo porque los “patrocinadores” de los programas presentan nuevas directrices o incluso se han diversificado sus operadores —como es el caso de las ONG—, sino también porque los actores sociales locales, sus organizaciones y los procesos más amplios —que van contribuyendo a repensar relaciones, estilos y compromisos del quehacer profesional en el medio rural— están apropiándose de dichos procesos. En consecuencia, y como lo ha sido a lo largo de la historia del desarrollo, las funciones se seguirán actualizando y ahora también negociando.

Algunos trabajadores del desarrollo hablan de ser “acompañantes” de los procesos, de la “construcción conjunta” con los actores rurales locales, de definir compromisos. Esta concepción parte del reconocimiento de que los protagonistas centrales han de ser los actores rurales locales. Retomar la función de acompañantes o “facilitadores” no es una propuesta nueva; ha sido promovida desde la metodología de Paulo Freire e impulsada fuertemente en las CEB. Es la tendencia actual que se propone insistentemente desde muchas ONG y desde los estudios del desarrollo participativo —como los de Chambers (1997, 1998). Sin embargo, adquiere otros sentidos frente a las nuevas dimensiones de la participación local. Las relaciones de poder también han cambiado.

Los sentidos que atribuyen los profesionistas a sus tareas y relaciones con los otros actores del desarrollo se ubican en el terreno político y ético, de acuerdo con sus vocaciones y sus propias visiones de futuro.

El reto para los asesores dispuestos a salirse de las inercias, vicios y estilos heredados y reproducidos durante décadas por generaciones es el de desestructurar la propia mirada. En ese ámbito, las sugerencias que se deri-

van de este trabajo son comenzar por anteponer la autocomprensión a los juicios y abrirse a nuevas valoraciones de las experiencias y del conocimiento del otro.

Los espacios de formación y capacitación también tendrán que ir respondiendo a los retos prácticos actuales. Así, los nuevos perfiles profesionales deben partir del reconocimiento de relaciones horizontales en las que se acepta y legitima la negociación de los proyectos de desarrollo.

Si en algún momento se consideró que la adscripción laboral a una dependencia gubernamental y sus respectivos programas marcaban el quehacer del promotor, ahora habría que agregar el factor humano en juego, la verticalidad de cada miembro, o sea la constitución de cada uno, la historia personal y del grupo al que pertenece, la cultura, afectos, aspiraciones y resignificación de las experiencias anteriores, que lo hacen relacionarse en formas muy particulares y reelaborar la información con un enfoque y un estilo determinados. Los técnicos y profesionistas portan de manera personal otras experiencias aparte de las de sus instituciones, sus experiencias académicas, profesionales, familiares, políticas y de vida también alimentan el proceso de intervención. Al igual que las y los campesinos, la vida cotidiana de las y los asesores va formando una mirada y un sentido de su existencia que después marcarán la direccionalidad de las propuestas, de las acciones y de las utopías. Es importante tomar conciencia, de que todos estos elementos norman la reinterpretación del profesionista sobre los lineamientos de la institución que representa, la visión que se ha construido del *otro* y por lo tanto el lugar desde el cual se coloca frente a él: actitud, función y sentido que le confiere a su trabajo.

El proceso de interacción se convierte en un espacio donde se encuentran todas esas perspectivas, donde se pueden desbaratar las expectativas de los planificadores; sobre todo cuando tras las estrategias y respuestas de los grupos locales está la determinación de defender sus espacios sociales, sus fronteras culturales. Esas pueden ser también las fronteras para la intervención externa y el cambio social que se intenta inducir.

## Bibliografía

- Barley, N. (1983), *El antropólogo inocente*, Anagrama, Barcelona.  
Bourdieu, P. (1991), *El sentido práctico*, Taurus Humanidades, España.

Chambers, R. (1997), *Whose Reality Counts? Putting the Last first*, Intermediate Technology Publications, Londres.

——— (1998), *Challenging the Professions. Frontiers of Rural Development*, Intermediate Technology Publications, Londres.

Cohen, A. P. (1995), *The Symbolic Construction of Community*, Routledge, Nueva York.

Fernández, A. M. (1995), “La invención de significaciones y el campo grupal”, en *Subjetividad y Cultura*, n. 5, México.

Fromm, E. y Maccoby M. (1990), *Sociopsicoanálisis del campesino mexicano*, FCE, México.

Geertz, C. (1989), *El antropólogo como autor*, Paidós, Barcelona.

Grupos de Estudio y Reflexión (GER) (1992), *Esperanza contra esperanza. Teología de la liberación*, Imprenta Proverbios, México.

Landázuri, G. (2001), “Visiones, discursos y percepciones de los actores rurales locales y de los profesionistas. Encuentros y desencuentros en Cuentepec, Morelos”, tesis de Doctorado en Ciencias Antropológicas, UAM-Iztapalapa, México.

Lenkersdorf, C. (1996), *Los Hombres Verdaderos. Voces y testimonios tojolabales*, UNAM / Siglo XXI, México.

Linck, T. (1991), “El trabajo campesino”, en *Argumentos*, n. 13, UAM-Xochimilco, México.

Pichon-Rivière, E. (1983), *El proceso grupal. Del psicoanálisis a la psicología social (I)*, Nueva Visión, México.

Rodríguez, J. (1984-85), *Estructuración del contacto cotidiano*, Taller de Aprendizaje e Investigación de Grupo Operativo, segundo año (mimeografiado), México.

**Archivos consultados**

Registro Agrario Nacional, Delegación Morelos, *Expedientes de Cuentepec: Bienes Comunales*.